

Año. 12 No. 12. Semestre B de 2025 ISSN: 2322-9977

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

Ser estudiante y saber que χαλεπὰ τὰ καλά (difíciles son las cosas bellas)

Ángel Leal

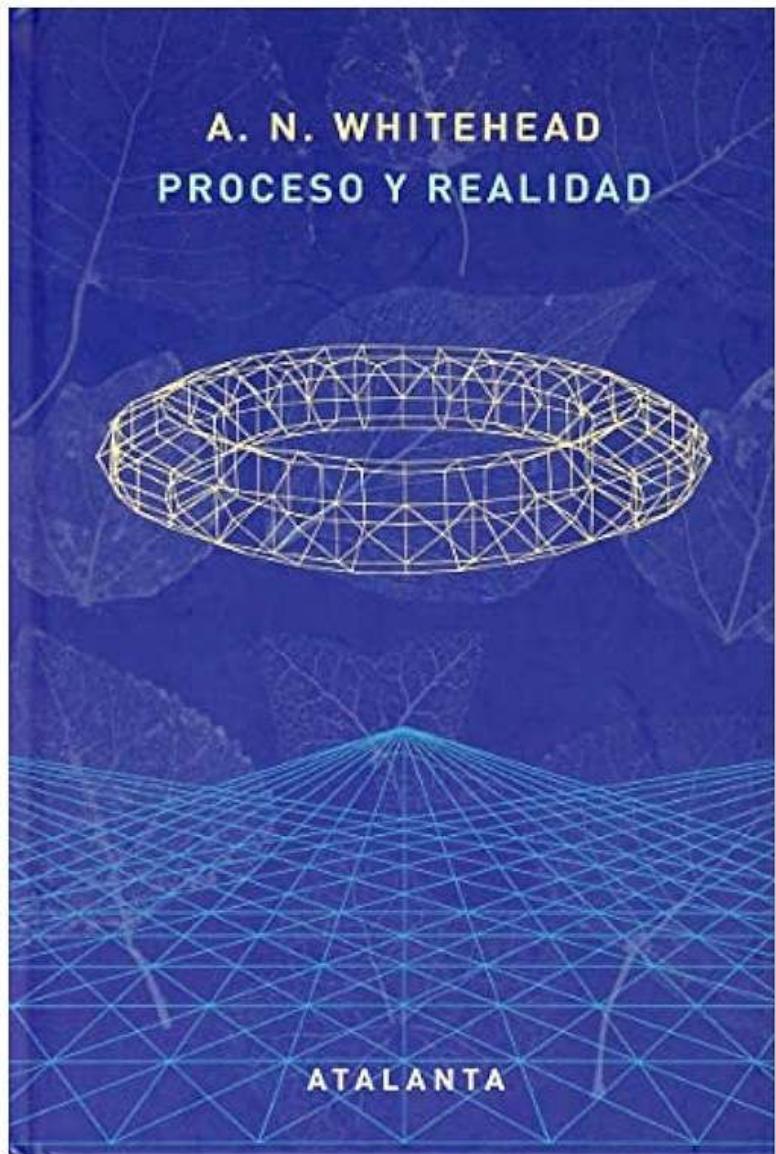
asleall@ut.edu.co

Derecho, III semestre

Universidad del Tolima

 Alfred Whitehead, en *Proceso y realidad* (1956), al introducir los conceptos de “hecho” y “forma”, afirma que “toda la filosofía occidental es una serie de notas al pie de página de las obras de Platón”. Tal afirmación, reconoce la profunda influencia del corpus platónico sobre la tradición filosófica de Occidente, que ha intentado, de múltiples maneras, releer y reinterpretar ese legado según sus propios marcos de comprensión. Aunque Whitehead no pueda considerarse un seguidor estricto de la doctrina platónica, su observación resulta certera: sería un despropósito negar que quien se adentra en el pensamiento occidental lo hace, tarde o temprano, a través del prisma de la ciudad antigua y, en particular, del discípulo más brillante de Sócrates.

Kant, en la *Crítica de la razón pura* (2018), comenta críticamente a Platón al identificarlo como el autor que introdujo el vocablo “idea” en su acepción filosófica más influyente: no como representación empírica, sino como arquetipo



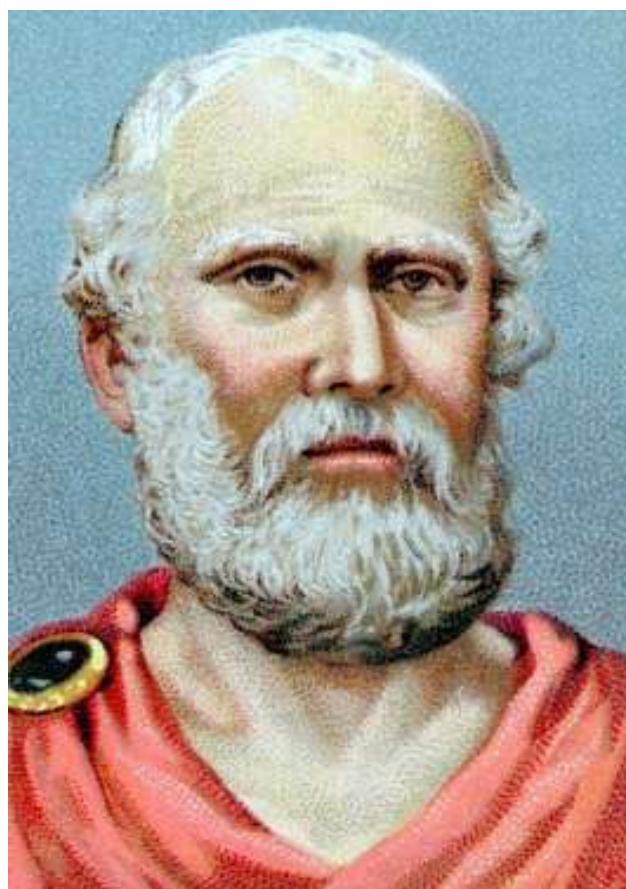
de las cosas mismas, un paradigma que orienta el pensamiento. Sin detenerme en la complejidad sistemática de esta noción en el marco kantiano, destaco una observación decisiva: Platón no accede a las ideas por vía de una especulación accidental, sino movido por una preocupación eminentemente práctica. Afirma Kant: “El terreno preferente donde Platón halló sus ideas fue el de todo lo práctico, es decir, el de la libertad” (Kant, 2018, p. 287). Tal orientación moral, tiene su origen en el contacto transformador con Sócrates, que desplazó en el joven ateniense su vocación inicial por la política y el arte, para dirigirla hacia una búsqueda filosófica de fundamento ético.

La biografía de “nuestro Adán filosófico”, como lo llama el profesor Emilio Lledó, ofrece en sí misma una enseñanza ejemplar sobre el valor del pensamiento. Aunque atraído en su juventud por la política de su ciudad y por el arte trágico, Platón abandonó ambos caminos tras el encuentro decisivo con la figura de Sócrates. Renunció al prestigio de lo público y a la adulación del espectáculo para consagrarse en una búsqueda silenciosa y exigente: la de lo justo, lo verdadero y lo bello en el riguroso sendero de la reflexión filosófica. Esta tarea no solo dio lugar a una obra literaria de altísima calidad, sino que dejó impresa en el lenguaje una red de ideas eternas de pretensión universal y valor absoluto.

En este horizonte de pensamiento, adquiere pleno sentido la célebre máxima platónica: *χαλεπὰ τὰ καλά* — “dificiles son las cosas bellas” — No se trata de una simple cita tomada al azar (aunque aparece explícitamente en diálogos como *Hipias Mayor* y la *República*), ni de un simple aforismo estético sin mayores consecuencias, sino de una advertencia ética: lo bello es inseparable de lo arduo, y aquello digno de este adjetivo

exige trabajo e incomodidad. La reflexión que aquí propongo se inscribe bajo la figura de Platón, cuya biografía da testimonio de que la búsqueda de la verdad requiere desistir de los intereses inmediato, una disposición a iniciarse como discípulo, a formar discípulos y a dejar obra. Reconocer la verdad de esta máxima — *χαλεπὰ τὰ καλά* —, implica asumir que quien estudia, actúa y vive desde ella no lo hace movido por la utilidad o el prestigio, sino por un compromiso ético con la verdad. Asume así el estudio y la vida misma, no como un pasatiempo, sino como una forma de libertad, como un modo de cuidar la belleza frente a todo aquello que la empaña.

Esta lectura ética de la dificultad encuentra un desarrollo fundamental en la filosofía práctica de Kant, particularmente en su concepción de la libertad como autonomía moral.



Platón

En un sentido análogo al de Platón — aunque no idéntico —, lo bello y lo bueno exigen esfuerzo porque remiten a la capacidad racional del ser humano para acceder a principios universales que no se imponen desde afuera. Esto lo desarrolla mediante una metáfora jurídica: la razón debe ser juez de sus propias pretensiones, sometiéndolas al escrutinio de un tribunal que no admite autoridad externa alguna. Este tribunal solo admite como validos aquellos principios que puedan sostenerse por convicción racional, no por persuasión subjetiva. Mientras la persuasión lleva a una validez meramente

subjetiva (aquello que a cada cual parece correcto), la convicción expresa una validez objetiva, aquella que ha superado el examen critico de la razón y puede aspirar a validez universal. En este punto, la exigencia de dificultad reaparece como condición de legitimidad: lo que vale moralmente no es lo que satisface deseos o inclinaciones, sino lo que puede justificarse ante la razón como norma para todos. En este sentido, el ejercicio de estudio riguroso participa de la misma lógica, es un acto de autogobierno racional, no de conformidad a sensibilidades.



Alfred Whitehead

En este sentido, ser estudiante reconociendo que *χαλεπὰ τὰ καλά*, no es simplemente una virtud privada, sino una forma de responder éticamente a la exigencia de legitimidad que impone la razón práctica en su dimensión intersubjetiva. Esta línea de pensamiento encuentra una nueva proyección en Jürgen Habermas, figura central de la segunda generación de la escuela de Frankfurt y uno de los pensadores más influyentes de la filosofía europea de la segunda mitad del siglo XX. Habermas (2022) retoma la orientación kantiana hacia la validez universal de la regulación de comportamientos humanos, pero traslada su fundamento a la esfera del lenguaje y la comunicación: ya no es la razón individual en solitario quien genera legitimidad, sino el dialogo racional entre sujetos libres e iguales. A través del concepto de “deliberación”, articula una ética del discurso en la que dicha legitimidad moral solo puede surgir del acuerdo alcanzado sin coacción, bajo condiciones ideales de argumentación. Así, estudiar con dificultades, pensar con honestidad y dialogar con apertura son manifestaciones concretas de una voluntad ética bien formada. Lo bello aquí es difícil porque exige renunciar a la certeza de los propios pensamientos y exponerse al riesgo de poder ser refutado en la palabra compartida.

Este compromiso con la dificultad contrasta radicalmente con una actitud cada vez más extendida en los entornos institucionales: la del estudiante que concibe su formación como un simple medio para la obtención de beneficios económicos, prestigio social o estabilidad laboral. En esta óptica, el estudio deja de ser un fin en sí mismo para convertirse en un instrumento funcional de un proyecto ajeno a la verdad. La formación se degrada en el objetivo, y la vida intelectual — entre otras cosas, malinterpretada — se ve sometida a la lógica del rendimiento y la competencia. Así entonces, que de esta actitud surjan individuos técnicamente competentes, pero éticamente ciegos; obedientes a las reglas del sistema, pero incapaces de deliberar sobre sus propias acciones. Esta quimera crematística no solo falsea el sentido de lo que es estudiar reconociendo que *χαλεπὰ τὰ καλά*, sino que termina por corromper el alma de quienes le persiguen. Caso contrario de cuando la búsqueda de lo justo, lo bello y lo verdadero guía el ejercicio del pensamiento, pues allí toda eventual retribución material no solo es accidental, sino éticamente tolerable: no es perseguida como un fin, sino que se puede acompañar con la decencia de una vida buena. En este punto, el estudiante se define no por lo que aspira a tener, sino por lo que se esfuerza en llegar a ser.



Sin embargo, incluso esta actitud ética frente al estudio y a la vida no garantiza el éxito, el reconocimiento ni el bienestar. Toda empresa incluso orientada por principios puede, a pesar de su rectitud, fracasar en sus fines externos. Difícil también es asumir que el compromiso con lo justo, con lo bello y con lo verdadero no aleja completamente a la derrota, frustración o el olvido. Pero precisamente es allí donde se revela el fondo del principio. Kant lo expresó rigurosamente cuando sostuvo que la moralidad de una acción no depende de su efecto, sino de la máxima que la guía (aplicable al imperativo categórico: Obra de tal manera que puedas querer la máxima de tu actuar pueda convertirse a su vez en regla universal). Y en ello, aunque todo se pierda, se conservará siempre la dignidad. El estudiante que persevera aun contra las dificultades, incluso si nada ocurre como esperaba, debe comprender con orgullo que ha cumplido con su deber, ha pensado con sensatez, ha actuado con respeto. Ha sido libre. Y esto, es suficiente por sí mismo.

Con todo esto, el punto de partida sigue siendo la advertencia del maestro ateniense: *χαλεπὰ τὰ καλά*. En ella germina no solo una estética, sino una ética del pensamiento. Asumir esta máxima como guía en afirmar que lo bello, lo bueno — y por tanto lo realmente valioso — nunca es fácil; y que el ejercicio filosófico no se reduce a un oficio técnico, sometido a reglas de contenido, sino que exige una disposición del alma frente a la verdad. Platón encarna esta disposición, como lo hacen todos aquellos que, al igual que él, abandonan las promesas absurdas del reconocimiento o del lucro, para comprometerse con la difícil tarea de vivir siendo justos. La filosofía clásica, en este sentido, no es un saber anacrónico, sino una pedagogía de la dificultad: enseña que el estudio no se agota en resultados ni en

técnicas, y que el intento mismo — cuando es honesto y riguroso — puede ser ya una forma de libertad.

Aquel que estudia reconociendo que la libertad exige disciplina e incomodidad, y que el pensamiento es inseparable de la ética, no necesita más coherencia entre lo que cree y lo que hace, pues ha resuelto con una idea

eterna, la forma de llevar su vida. Puede incluso fracasar, pero nunca será un perdedor. Porque ha comprendido — como Sócrates, como Platón, como Kant —, que hay tareas que justifican la vida, aunque no garanticen el éxito. Así, doy fe al maestro Antonio Escohotado, quien pidió que en su epitafio se escribiera: “Quise ser valiente y aprendí a estudiar”.

Referencias

- Alegre, A, “Estudio introductorio” en Platón, *Platón I: Apología de Sócrates, Critón, Eutifrón, Ion, Lisis, Cármides, Hipias Menor, Hipias Mayor, Laques, Protágoras, Gorgias* [trad. de J. Calonge Ruíz, E. Lledó Iñigo y C. García Gual], Madrid, Gredos, 2018.
- Aristóteles, *Aristóteles I: Protréptico, Metafísica* [trad. de C. Megino Rodríguez y T. Calvo Martínez], Madrid, Gredos, 2018.
- Habermas, J. *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gilli, 2002.
- Habermas, J. *Teoría de la acción comunicativa* [trad. de M. Jiménez Redondo], Barcelona, Taurus, 2022.
- Kant, I. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* [trad. L. Martínez de Velasco], Madrid, Austral, 2006.
- Kant, I. *Crítica de la razón pura* [trad. Pedro Ribas], Madrid, Gredos, 2018.
- Lledó, E, “Introducción general” en Platón, *Diálogos I: Apología, Critón, Eutifrón, Ion, Lisis, Cármides, Hipias Menor, Hipias Mayor, Laques, Protágoras* [trad. de J. Calonge Ruíz, E. Lledó Iñigo y C. García Gual], Madrid, Gredos, 1981.
- Platón, *Diálogos IV: República* [trad. de C. Eggers Lan], Madrid, Gredos, 1988.
- Platón, *Platón I: Apología de Sócrates, Critón, Eutifrón, Ion, Lisis, Cármides, Hipias Menor, Hipias Mayor, Laques, Protágoras, Gorgias* [trad. de J. Calonge Ruíz, E. Lledó Iñigo y C. García Gual], Madrid, Gredos, 2018.
- Whitehead, A. N. *Proceso y realidad* [trad. J. Rovira Armengol], Buenos Aires, Losada, 1956.

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

